OPINIÓN

Cuauhtémoc Cárdenas: la ruptura que cambió el rumbo de la democracia mexicana

Por Pablo Quintero · 29 de octubre de 2026 · 4 min de lectura



Hay figuras políticas cuya trascendencia no puede medirse exclusivamente por los cargos que ocuparon ni por las elecciones que ganaron o perdieron. Su importancia histórica reside en su capacidad para alterar las relaciones de poder, abrir nuevas posibilidades de participación y modificar el horizonte político de una nación. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano pertenece a esa categoría. Su trayectoria constituye uno de los capítulos fundamentales en la construcción de la izquierda democrática mexicana y en la crisis del régimen priista que dominó el país durante buena parte del siglo XX.

Heredero de la tradición nacionalista y social de Lázaro Cárdenas del Río, Cuauhtémoc Cárdenas representó la reivindicación de un proyecto de Estado comprometido con la soberanía nacional, los derechos sociales y la rectoría pública de sectores estratégicos de la economía. Sin embargo, reducir su trayectoria a una herencia familiar sería desconocer su principal aportación: haber convertido una disidencia dentro del sistema político en un movimiento nacional capaz de desafiar sus mecanismos de reproducción del poder.

La ruptura comenzó con la Corriente Democrática del Partido Revolucionario Institucional. En la década de 1980, mientras el gobierno de Miguel de la Madrid profundizaba el viraje hacia las políticas de ajuste económico y apertura de mercados, un sector del priismo cuestionaba el abandono de los principios sociales del nacionalismo revolucionario. Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo encabezaron una rebelión política que exigía democratizar la selección de candidaturas y recuperar la deliberación dentro del partido.

El conflicto trascendía una disputa entre élites. Cuestionaba la concentración de las decisiones políticas en la Presidencia de la República y la práctica del *dedazo*, mediante la cual el titular del Ejecutivo influía decisivamente en la designación de su sucesor. Cuando Carlos Salinas de Gortari fue elegido candidato presidencial del PRI, la ruptura se volvió irreversible. Cárdenas abandonó el partido y articuló una candidatura opositora que reunió corrientes nacionalistas, organizaciones sociales y sectores de la izquierda histórica. El Frente Democrático Nacional se convirtió así en una convergencia política que desbordó las estructuras partidistas tradicionales.

El 6 de julio de 1988 constituye el punto de inflexión de esta historia. La elección presidencial enfrentó a Cárdenas con Salinas de Gortari en un contexto de desigualdad institucional, cuestionamientos a la imparcialidad de las autoridades electorales y creciente inconformidad social. La interrupción del sistema oficial de cómputo, conocida como la «caída del sistema», profundizó la desconfianza cuando el país esperaba conocer las tendencias de la votación.

La posterior declaración de triunfo de Salinas, sin una revisión capaz de disipar las dudas de la oposición, produjo una crisis de legitimidad que marcó a varias generaciones. El fraude de 1988 no debe entenderse únicamente como una controversia sobre cifras electorales: fue la expresión de un régimen que carecía de condiciones suficientes para garantizar una competencia democrática auténtica. Investigaciones académicas posteriores identificaron alteraciones en una proporción significativa de las actas electorales, aportando evidencia empírica a las denuncias sobre la integridad del proceso.

La dimensión histórica de Cárdenas radica también en su respuesta a aquella crisis. Frente a un escenario de profunda confrontación, mantuvo la movilización dentro de los cauces políticos y constitucionales. En 1989 participó en la fundación del Partido de la Revolución Democrática, una organización que dio cauce partidista a diversas expresiones de la izquierda y contribuyó a consolidar una oposición nacional con capacidad de disputar el poder. Su elección como jefe de Gobierno del Distrito Federal en 1997 confirmó que aquella ruptura había transformado de manera duradera la competencia política mexicana.

Sería equivocado presentar a Cárdenas como el único protagonista de la democratización nacional. Su trayectoria se inscribe en una historia colectiva protagonizada por movimientos sociales, sindicalistas, estudiantes, militantes de izquierda, periodistas y ciudadanos que resistieron el autoritarismo. Pero también sería injusto minimizar su papel: su candidatura de 1988 articuló esas inconformidades en una alternativa nacional y aceleró la erosión del monopolio político priista.

Hoy, cuando la democracia enfrenta nuevos desafíos, su legado obliga a distinguir entre conquistar el gobierno y transformar las estructuras del poder. La izquierda no puede reducirse a una identidad partidista ni a la administración de las instituciones; debe evaluarse por su compromiso con la justicia social, la soberanía, la participación ciudadana y la defensa irrestricta del voto.

Cuauhtémoc Cárdenas cambió la historia porque se atrevió a romper con un sistema que parecía invencible. Su mayor legado no es una presidencia que nunca alcanzó, sino haber contribuido a demostrar que ningún régimen puede reclamar legitimidad indefinidamente cuando la ciudadanía exige democracia.

La historia de 1988 permanece como una advertencia y una lección: el poder puede controlar instituciones durante décadas, pero no puede cancelar para siempre la voluntad de un pueblo que decide organizarse para transformar su destino.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/cuauhtemoc-cardenas-la-ruptura-que-cambio-el-rumbo-de-la-democracia-mexicana
Descargado el 21 de noviembre de 2026.